

nombre—y pude sentir en todas el ambiente tierno y casi religioso en que se desarrollaron los programas; ni esa sentimentalidad banal de muchas fiestas escolares, ni esa seriedad seca y vacía de algunos actos académicos: un corro tibio de madres e hijas entre el cual me senté con complacencia a decir mis humildes palabras:

Evacuación de la madre

Madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, y mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos y con este como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda en mi corazón.

* *

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado y tanto se habituaron a meceme, que cuando ya corría por los caminos, ellas estaban allí, en el corredor de la casa, tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave entre los cien ritmos derramados por el *Primer Músico* en el mundo, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras tuyas juguetonas, pretexto para tus *mimos*. En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las besiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en que la habían puesto a existir. Y así yo iba conociendo tu duro y suave universo; no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después sólo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú ya me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: un jazmín o una yerba buena del huerto, una hoja de yedra del corredor y yo palpaba en ellos la amistad de las criaturas. Tú a veces me comprabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos, una casita que se desbarataba a poca costa... Pero los

juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

Jugaba con tus cabellos como hilos de agua escurridizos; con tu barbilla suave y redonda; con tus dedos que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes, y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando tenías una cosa que yo ignoraba, cuando eras desgraciada, madre.

Sí, todito mi mundo era tu semblante: tu frente como un llano con rastrojo dorado; tus mejillas como la loma de curva depurada y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, eran dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí los colores y las formas mirando tu cabeza: el color de la última tarde estaba en tu cabellera; el temblor de las yerbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que al doblarse hacia mí hacía un pliegue lleno de intimidad.

* *

Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita a ti cual si fuera un pliegue grande de tu falda, salí a conocer tu valle y mi valle dulcísimo.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos por una cuesta. Por esto es que siempre somos más hijos de la madre, con la cual seguimos ceñidos, como la almendra lo está en su vainita cerrada. Y el cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas líquidas y frías sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo que se puede besar sobre su mismo llanto...

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejarnos en la mesa una parvita de frutos dorados y rojos y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos y los corta en gajitos para la boca del niño y los exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piecitas y las vuelve un traje amoroso que se pega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, la *más tierna* de todas, la *tiernísima*.

* *

Ya el niño junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú nos pones una oración leve en medio de la lengua y allí se nos queda, viva, hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio

y espiga así, temblorosa, hacia los ojos del Señor. Con ella ¡tan breve! pedimos todo lo que se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre la costra llagada del mundo; se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido detrás de las formas.

* *

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña, como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también contigo que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: «Hija, tú tienes fiebre».

* *

Todos los que vienen después de ti en la vida, madre, enseñan *sobre* lo que tú enseñaste y dicen con muchas palabras cosas que tú decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos empañan el gozo de oír escuchar. Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tú ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita y nunca le pediste que estuviese tiesa y quieta en una banca dura, oyéndote. Mientras te oía jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tus mangas... Y este es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

* *

Después yo he sido una joven y después una mujer. He caminado sola sin el arrimo de tu cuerpo, y he sabido que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado, y era fea y triste. He hablado también sin necesitar de tu ayuda y yo hubiera querido que como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras, para que lo que iba diciendo fuese una guirnalda hecha por las dos.

Muchas veces me han llamado fuerte y segura los hombres que no saben que el corazón de una mujer es